

HENRY JAMES

MAUD-EVELYN

(Maud-Evelyn, 1900)

A una alusión a una señora que yo no conocía, pero que era conocida por dos o tres de los que estaban conmigo, uno de éstos preguntó si sabíamos la extraña circunstancia que motivaba su «venida», el golpe de fortuna en el atardecer de la carrera de una persona tan oscura y solitaria. De momento, en nuestra ignorancia, quedamos reducidos a la simple envidia; pero la anciana Lady Emma, que desde hacía rato no decía nada y que aparecía para escuchar unas palabras de la conversación y se iba, que estaba sencillamente al margen de la charla, volvió de su ausencia mental para observar que si lo que le había sucedido a Lavinia era maravilloso, ciertamente, lo que había pasado antes, durante años, lo que había llevado a ello, era igualmente curioso y singular. Nos dimos cuenta de que Lady Emma disponía de una historia superior al somero conocimiento que cualquiera de sus oyentes pudiera tener de la apacible persona objeto de la conversación. Casi lo más extraño -como supimos después- era que aquella situación hubiera quedado sumergida tan en el fondo de la vida de Lavinia. Por «después» quiero decir, sencillamente, antes de separarnos, porque lo que se supo, se supo a continuación, por estímulo y presión, por nuestra insistencia. Lady Emma, que siempre me recordaba un instrumento musical, antiguo y de gran calidad, que hay que afinar antes de tocar, convino -tras hacerse rogar un rato- en que, dado que ya había dicho tanto, no había razón alguna para abstenerse de contarle todo sin que su reserva fuera causa de tormento para nosotros, encendida ya nuestra curiosidad. Lady Emma había conocido a Lavinia, a la que mencionó siempre sólo por el nombre, hacía ya mucho tiempo; y había conocido también a... Pero lo que ella sabía debo contarle como nos lo contó, en la medida en que esto sea posible. Nos habló desde un extremo del sofá, y el reflejo de las llamas de la chimenea en su rostro era como el resplandor de la memoria, un juego de fantasía, que emergía de su interior.

I

-Entonces, ¿por qué no lo aceptas? -le pregunté.

Creo que fue así, un día, cuando Lavinia tenía unos veinte años -antes de que algunos de ustedes hubieran nacido-, como empezó, para mí, el asunto. Le hice aquella pregunta porque sabía que había tenido una oportunidad, aunque no podía imaginarme el gran error que resultaría no haberla aprovechado. Me interesé porque me gustaban los dos -ya ven cómo aún hoy día me gustan los jóvenes- y porque, puesto que se habían conocido en mi casa, tenía que responder por el uno ante el otro. Me parece que debo empezar la historia desde muy atrás, diciendo que si la chica era la hija de mi primera institutriz -de hecho, la única-, con la cual me había mantenido en buenas relaciones y que al dejarme se había casado, yo diría que «bien» para una institutriz, Marmaduke (no es su verdadero nombre) era el hijo de uno de los hombres más inteligentes que habían querido -yo era encantadora entonces, se los aseguro- casarse conmigo, años antes, y ahora era viudo. No sé por qué, no me gustaban los viudos, pero aun después de casarme con otro hombre, tenía conciencia de una relación agradable con el muchacho del que pude ser madrastra y a quien, quizá por vanidad, le demostraba que tan buena hubiera sido como tal. Como no lo fue la mujer con quien su padre se casó después, lo cual indujo al muchacho a cultivar mis instintos maternos.

Lavinia era una entre nueve hermanos, varones y hembras, ninguno de los cuales había hecho nunca nada para ayudarla y que, en diversos países, contribuían, creo que en la misma escala, a poblar el planeta. Por entonces se mezclaban en la chica, de manera desconcertante, dos cualidades que suelen ser incompatibles: una gran timidez y, como el más pequeño defecto que pudiera justificar a una criatura indefensa en un mundo de maldad, una complacencia en sí misma en pequeños e inexplicables detalles, por la cual la regañaba algunas veces, pero que, como comprendí después, habría podido contrarrestar la monotonía de su vida de no evaporarse con todo lo demás. En todo caso era una de esas personas de las cuales no sabes si habrían sido atractivas de ser felices o

habrían sido felices de ser atractivas. Si yo me sentía un poco molesta al ver que no se había entusiasmado con Marmaduke era probablemente menos porque hubiera esperado maravillas de él que porque ella daba demasiado por supuestas sus perspectivas. Lavinia había cometido un error y no había tardado mucho en reconocerlo, pero recuerdo que cuando me expuso su convicción de que Marmaduke se le declararía otra vez, lo consideré también muy probable, porque entretanto yo había hablado con él. «Lavinia está interesada en ti», le dije; y todavía puedo ver ahora, después de tanto tiempo, su rostro joven, apuesto e inexpresivo al oír mis palabras, como si realmente pensara hacerlo. No insistí mucho porque, después de todo, el muchacho no tenía mucho que ofrecer; pero mi conciencia estuvo más tranquila, después, por no haber dicho menos. Marmaduke tenía una renta, unas trescientas cincuenta libras al año, heredadas de su madre, y un tío le había prometido algo; no una pensión, sino un empleo, si recuerdo bien, en un negocio. Me aseguró que amaba como ama un hombre -¡un hombre de veintiún años!-, pero sólo una vez. Lo dijo, en todo caso, como un hombre lo dice, pero sólo una vez.

-Bueno, entonces -dije-, ya sabes lo que tienes que hacer.

-¿Hablarle otra vez, quieres decir?

-Sí... Pruébalo.

Me pareció que lo probaba, imaginariamente; después, con algo de sorpresa por mi parte, agregó:

-¿Sería muy malo que ella me hablara a mí?

Le miré fijamente.

-¿Quieres decir que te persiga, que se te declare? ¡Oh, estás escurriendo el bulto!

-No estoy escurriendo el bulto -en esto estuvo muy positivo-, pero cuando uno ha llegado ya tan lejos...

-¿No puede ir más? Tal vez -repliqué secamente-. Pero en este caso no debes hablar de «interés» por la chica.

-Pero es que me interesa, me interesa.

Meneé la cabeza.

-No si te muestras tan orgulloso.

Le volví la espalda, pero al momento le miré otra vez, sorprendida por un silencio que parecía ser la aceptación de mi juicio. Me di cuenta de que no lo había aceptado y percibí que en realidad era esencialmente absurdo. Expresó más, sobre esto, de lo que le había oído o visto nunca: con la sonrisa más extraña, más franca y, para un hombre de sus condiciones, triste.

-No soy orgulloso. Esto no está en mi manera de ser. Si no lo eres, no lo eres, ¿sabes? No creo que sea lo bastante orgulloso.

Se me ocurrió que esto, después de todo, podía ser verdad; pero, no sé por qué, hablé con cierta aspereza.

-Entonces, ¿qué te pasa?

Dio un par de vueltas a la habitación, como si lo que había dicho le hubiera hecho un poco feliz.

-Bueno, ¿cómo puedo decir más de lo dicho?

Entonces, como si yo fuera a asegurarle que no sabía qué era lo que había dicho, continuó:

-Le juré que nunca me casaría. ¿No debería ser esto suficiente?

-¿Para que ella corra tras de ti?

-No, supongo que no para eso, pero sí para que esté segura de mí, para esperar.

-¿Esperar qué?

-Bueno, a que regrese.

-¿Que regreses de dónde?

-De Suiza. ¿No te lo he dicho? Voy allá el mes próximo con mi tía y mi prima.

Tenía razón al decir que no era orgulloso: esto era una alternativa claramente humilde.

II

No obstante, vean lo que ocurrió, el principio de lo cual fue algo que supe, a principios de otoño, por la pobre Lavinia. Marmaduke le había escrito, luego continuaban siendo amigos; y por esto sabía que la tía y la prima de Marmaduke habían regresado sin él. Marmaduke se había quedado más tiempo y había viajado más: había ido a los lagos italianos y a Venecia, y ahora estaba en París. Esto me sorprendió algo, porque sabía que siempre andaba escaso de dinero y que debía, con la ayuda de su tío, haber empezado el viaje con base en gastos pagados.

-Entonces, ¿a quién se ha pegado? -pregunté.

Lamenté en seguida haber dicho esto, porque vi que Lavinia se ruborizaba. Pareció que yo hubiera sugerido

que se había pegado a una señora de mala reputación, aunque en este caso no se lo habría contado a Lavinia y, ¿con qué dinero?

-¡Oh, se hace amigo de la gente con facilidad! A los dos minutos de hablar con uno, es como si se concieran de mucho tiempo -dijo la chica- Y todos están siempre dispuestos a ser amables con él.

Esto era absolutamente verdad, y yo vi lo que Lavinia veía en ello.

-¡Ah, querida, debe de tener un círculo inmenso de amistades preparado para ti!

-Bueno -replicó Lavinia-, si la gente viene tras nosotros, no voy a creer que lo hace por mí. Será por *él*, y la cosa no me importa. Pero me gustará... Ya verás.

Ya vi. Vi por lo menos lo que ella imaginaba ver: su salón lleno de mujeres a la moda y su actitud angélica.

-¿Sabes lo que me dijo antes de salir de viaje? -continuó.

Me pregunté si le habría hablado.

-Que nunca, nunca se casaría...

-Con nadie que no fuera *yo*.

Me miró ingenuamente.

-Entonces, ¿está enterada?

-Tal vez.

Adiviné.

-¿Y no lo crees?

De nuevo titubeé.

-Sí.

Pero todo esto no me explicaba por qué Lavinia había mudado de color.

-¿Es un secreto, lo de quién le acompaña?

-Oh, no... Parece que son muy simpáticos. Sólo que me impresionó ver lo bien que le conoces, que comprendieras en seguida que era una nueva amistad lo que motiva que no haya regresado. Es su afecto a la familia Dedrick. Viaja con ella.

Otra vez me imaginé lo que sucedía.

-¿Quieres decir que lo lleva con ella?

-Sí, lo han invitado.

No, realmente, reflexioné, Marmaduke no es orgulloso. Pero lo que dije fue:

-¿Quién demonio es la familia Dedrick?

-Gente amable, bondadosa, que conoció hace un mes, accidentalmente. En Suiza. Se paseaba, solo, sin su tía y su prima, que se habían ido por otro lado para reunirse con él más tarde, en algún sitio. Se puso a llover y él se guareció como pudo. Pasó la familia Dedrick y lo recogió en su coche. Pasaron varias horas juntos, intimaron y quedaron encantados con él.

-¿Son mujeres?

Al parecer se distrajo por un momento.

-Creo que aproximadamente cuarenta.

-¿Cuarenta mujeres?

Se dio cuenta en seguida de su confusión.

-¡Oh, no! Quiero decir que la señora Dedrick tiene unos cuarenta años.

-¿Unos cuarenta?.. Entonces, Miss Dedrick...

-No hay ninguna Miss Dedrick.

-¿Ninguna hija?

-No con ellos, en todo caso. Va el matrimonio solo.

Pensé de nuevo.

-¿Y qué edad tiene el esposo?

Lavinia siguió mi ejemplo.

-Bueno, aproximadamente cuarenta, también.

-Esto está muy bien -dije. Y de momento lo pareció.

La ausencia de Marmaduke se prolongó y vi a Lavinia a menudo. Hablamos siempre de él, aunque esto significara un interés por sus asuntos mayor que el que yo había supuesto asumir. Nunca había buscado la relación de la familia de su padre, ni había visto a su tía y a su prima, de manera que el relato que estas parientes hicieron de su separación me llegó finalmente a través de Lavinia, la cual, porque las conocía poco, recibió la explicación de manera indirecta. Las pobres señoras con quienes había empezado el viaje

consideraban, al parecer, que Marmaduke las había tratado mal, que las había abandonado, sacrificándolas egoístamente por una compañía encontrada en la carretera, reproche que mortificaba mucho a Lavinia, aunque yo podía darme cuenta de que aquella compañía no le gustaba mucho a ella, tampoco.

-¿Qué puede hacer si es tan atractivo?

Lavinia se mostraba indignada a veces para mostrarse complacida unos minutos después. Marmaduke era atractivo; pero también resultó, entre nosotras, que los Dedrick habían de ser extraordinarios. No tuvimos nuevas pruebas porque de pronto dejaron de llegar cartas de Marmaduke y esto, naturalmente, era uno de sus signos. Entretanto tuve tiempo de reflexionar -una especie de estudio de la conducta humana que siempre me ha gustado- acerca de en qué consiste ser atractivo. El resultado de mis meditaciones, que la experiencia no ha hecho más que confirmar, es que es una cualidad que consiste sencillamente en sí misma. Es una cualidad que no implica ninguna otra. Y Marmaduke no *tenía* otras. ¿Para qué, realmente, necesitaba ninguna?

III

Regresó, al fin; pero sucedió que si, al venir a verme, la descripción inmediata de sus nuevos amigos avivó aún más de lo que yo esperaba mi sentido de la variedad de la especie humana, mi curiosidad sobre ellos no fue lo bastante viva para complacer a Marmaduke cuando sugirió que yo debería verlos. Es difícil de explicar, y no pretendo hacerlo de una manera acertada, pero ¿no ocurre a menudo que uno piense bien de una persona sin sentir el deseo vehemente de conocerla, por el simple deseo de pensar bien de ella, más de lo que se sienta por otras personas? De todos modos -y de esto poca culpa tiene Marmaduke-, no hacía muy interesantes a los Dedrick el hecho que estuvieran locos por él. No dije esto -procuré decir poco-, lo cual no impidió que Marmaduke me preguntara si podía traerlos para presentármelos:

-Si no, ¿por qué no? -dijo riéndose. Se reía por cualquier cosa.

-¿Por qué no? Porque me sorprende que tu rendición no requiera ninguna garantía. Debes andar con cuidado.

-Oh, son inofensivos. Tan seguros como el Banco de Inglaterra. Son maravillosos, por su respetabilidad y por su bondad.

-Esas son precisamente cualidades en las cuales mi trato no puede contribuir con gran cosa.

Yo había observado que Marmaduke no había llegado al extremo de decirme que sus nuevos amigos fueran divertidos y por otra parte se había apresurado a decir que vivían en Westbourne Terrace. No tenían cuarenta, sino cuarenta y cinco años; pero el señor Dedrick se había ya retirado, con alguna fortuna ganada en determinada profesión ejercida. Eran la gente más sencilla y bondadosa y al mismo tiempo más original y más insólita, y nada podía exceder, francamente, al entusiasmo que mostraban por Marmaduke, el cual hablaba de ellos con una resignación plácida que era casi irritante. Supongo que le habría despreciado si, después de aceptar sus favores, hubiera dicho que le aburrían; pero el hecho de que no le aburrieran me molestaba a mí más de lo que le desconcertaba a él.

-¿A quién conocen?

-A nadie más que a mí. Hay gente así, en Londres.

-¿Gente que no conoce a nadie más que a ti?

-No, no quise decir eso: gente que no conoce a nadie. Hay gente extraordinaria en Londres y muy simpática. No tienes idea. No puedes conocer a todo el mundo. Tienen sus vidas y siguen su camino... Encuentras en ellas -¿cómo llamas a eso?- refinamiento, libros, inteligencia y música y pintura y religión y una mesa excelente... Toda clase de cosas agradables. Te topas con ellas sólo por casualidad, pero todo se está moviendo continuamente.

Estuve de acuerdo en esto: el mundo es maravilloso y hay que ver lo que se puede. Dentro de mis límites, también yo encuentro bastantes maravillas.

-¿Pero estás tú -le pregunté- tan entusiasmado con ellos...?

-¿Como ellos lo están conmigo?

Había adivinado mi pregunta y me miraba francamente.

-Espero que llegaré a estarlo.

-Entonces, ¿llevarás a Lavinia?

-¿A verlos? No.

Comprendí, en seguida, que había cometido un error.

-¿Con qué pretexto podría presentarla?

Pensé: «Olvidaba que no están prometidos.»

-Bueno -dijo Marmaduke un momento después-, nunca me casaré con otra.
Estas palabras, repetidas, me irritaban.
-¡Ah!, pero, ¿qué puede importarle a ella, o a mí, eso, si no te casas con ella?
No respondió a esto. Volvió la cabeza para mirar algo en la habitación. Después, al encararse conmigo otra vez, había enrojecido.
-Debió aceptarme aquel día -dijo con gravedad y dulzura, mirándome fijamente como si deseara decir algo más.
Recuerdo que aquella dulzura me irritó; un poco de resentimiento habría podido ser una promesa de que el caso podía enderezarse. Pero abandoné el caso sin dejarle decir nada más y volviendo a los Dedrick le pregunté cómo, sin otra ocupación o sociedad, podían pasar todo su tiempo. Al parecer mi pregunta le desconcertó por un momento, pero en seguida encontró una respuesta, que desde mi punto de vista le convenía más que volver a hablar de Lavinia.
-¡Oh, tienen a Maud-Evelyn!
-¿Quién es Maud-Evelyn?
-Su hija.
-¿Su hija?
Yo creía que no tenían hijos. Marmaduke se explicó a medias.
-Desgraciadamente, la han perdido.
-¿La han perdido?
Yo quería saber más y él titubeó de nuevo.
-Quiero decir que mucha gente se habría resignado, pero ellos, no.
Especulé.
-¿Quieres decir que otra gente se habría desentendido?
-Sí. Quizá trataría de olvidarla. Pero los Dedrick no pueden.
Me preguntaba qué habría hecho la joven. ¿Habría sido algo muy malo? Pero no era nada que me afectara y sólo dije:
-¿Se comunican con ella?
-¡Oh, continuamente!
-Entonces, ¿por qué no está con ellos?
Marmaduke pensó.
-Está... Ahora.
-¿«Ahora»? ¿Desde cuándo?
-Desde el año pasado.
-¿Entonces, ¿por qué me dices que la han perdido?
-Ah -dijo sonriendo tristemente-, así lo entiendo. Yo, por lo menos, no la veo.
Me sorprendí aún más.
-¿La tienen aparte?
Marmaduke pensó unos momentos.
-No, no es eso. Como te dije, viven para ella.
-Pero no quieren que tú lo hagas. ¿Es esto?
Al oír esto me miró por primera vez, pensé, de una manera un poco extraña.
-¿Cómo *podría*, yo?
Me lo dijo como si fuera una lástima para él, no poder; pero puse fin a esto, lo mejor que pude.
-No puedes. ¿Por qué habías de poder? Vive para mi chica. Vive para Lavinia.

IV

Infelizmente corrí el riesgo de aburrirle con aquella idea y, aunque no la descarté de momento, encontré en ella, al recordarla de nuevo, la razón de que Marmaduke no se dejara ver en algunas semanas. Vi a *mi* chica, como la había llamado, en el intervalo, pero evitamos el tema de Marmaduke. Fue exactamente esto lo que me dio perspectiva para encontrarla constantemente llena de él. Me determinó, en todas las circunstancias, a no rectificar su error sobre la idea de que los Dedrick no tenían hijos. Pero a pesar de lo que dejé por decir, que Lavinia hablara del joven era sólo una cuestión de tiempo, porque al cabo de un mes me dijo que había estado dos veces en casa de su madre -mi ex institutriz- y que le había visto en las dos ocasiones.

-¿Entonces?

-Es muy feliz.

-Y siempre tan ocupado...

-Como siempre, sí, con esa gente. No me lo dijo, pero puede verlo.

También yo podía, y aun su propio punto de vista.

-¿Qué es lo que te dijo?

-Nada... Pero creo que necesita algo -dijo Lavinia, que agregó-: Sólo que no es lo que tú piensas.

Me pregunté si sería lo que me había dicho la última vez que nos vimos. Bueno, ¿qué obstáculo hay?

-¿Para decirlo? No lo sé.

Fue el tono de estas palabras lo que me hizo comprender, al oírlas, la primera nota de una aceptación tan profunda y de una paciencia tan extraña que acabaron proporcionándome más motivos de maravilla que el resto del asunto.

-Si no puede hablar, ¿por qué viene?

Lavinia casi se sonrió.

-Bueno, creo que algún día *sabré*.

La miré fijamente y recuerdo que la besé.

-Eres admirable, pero el asunto es muy feo.

-¡Ah! -respondió ella-. Sólo trata de ser amable.

-¿Con *ellos*? Entonces, podría dejar tranquilos a los demás. Pero lo que yo llamo feo es que se contente con verse obligado por la gratitud...

-¿Con el matrimonio Dedrick?

Lavinia consideraba el caso como si tuviera muchos aspectos.

-Pero, ¿por qué no puede hacerles algún bien?

La idea no me sedujo.

-¿Qué bien puede hacer Marmaduke? Hay una cosa -continuó-, en el caso de que quiera presentarte a ellos.

¿Me prometes rehusar?

Lavinia pareció desamparada, inexpresiva.

-¿Rehusar a que me presente a ellos?

A verlos, a ir a su casa...

Se mostró recelosa.

-¿Quieres decir que tú no irías?

-Nunca, nunca.

-Bueno, entonces creo que yo tampoco.

-Ah, pero esto no es una promesa.

Me mantuve firme.

-Necesito tu palabra.

Lavinia se resistió un poco.

-Pero, ¿por qué?

-Así, por lo menos, no podría hacer uso de ti -dijo con energía.

Mi energía la dominó, aunque me daba cuenta de que la chica realmente habría accedido.

-Te lo prometo, pero sólo porque es una cosa que sé que nunca me va a pedir.

En aquel momento discrepé de ella, creyendo que la propuesta en cuestión era exactamente lo que ella creía que Marmaduke deseaba decirle. Pero en la vez siguiente que nos vimos me trató de otra cuestión, por la cuál, en cuanto me habló, la vi muy excitada.

-¿Sabes, de la hija de quien no me había hablado? Fue a verme ayer -me explicó-, y ahora sé que *ha necesitado* hablarme. Al fin me lo ha contado.

Mantenia mi mirada fija en ella.

-¿Qué te ha contado?

-Todo.

Lavinia parecía sorprendida ante mi actitud.

-¿No te ha contado lo de Maud-Evelyn?

Recordé perfectamente, pero de momento me sorprendió.

-Me habló algo de una hija, pero sólo para decir que ocurría algo raro con ella. ¿Qué es?

Lavinia hizo eco de mis palabras.

-¿Qué es? Cosa rara, querida. Lo que ocurre es sencillamente que la hija murió.

-¿Murió?

Me sentía naturalmente desconcertada.

-¿Cuándo murió?

-Hace muchos años... Quince, creo. Cuando era una niña todavía. ¿No lo entendiste así?

-¿Cómo iba a entenderlo, si me hablaba de ella «con» ellos y me decía que ellos vivían «para ella»?

-Bueno -explicó mi joven amiga-, esto fue exactamente lo que quiso decir, que vivían para su memoria. Ella está «con» ellos en el sentido en que no piensan en nada más.

Esta corrección fue motivo de sorpresa para mí, pero también de alivio. Al mismo tiempo dejaba en el aire, como vimos, una nueva ambigüedad.

-Si no piensan en nada más que en ella, ¿cómo pueden pensar tanto en Marmaduke?

Lavinia se vio en dificultades para responderme, aunque me dio la impresión de que ya estaba, y así fue, de parte de Marmaduke o, en todo caso -contra su voluntad-, simpatizando con los Dedrick. Pero su respuesta fue rápida.

-Esto es su razón, precisamente: que pueden hablarle tanto de ella.

-Comprendo -dije, aunque persistía mi sorpresa-, pero, ¿cuál es el interés de Marmaduke?

-¿En cultivar esos recuerdos?

Otra vez mi pregunta ponía en apuros a Lavinia.

-Bueno, la chica era muy interesante. Parece que encantadora.

Quedé boquiabierta.

-¿Una niña con delantalito?

-Ya no llevaba delantalito. Creo que cuando murió tenía catorce años. ¡Si es que no tenía dieciséis! En todo caso, era maravillosa por su belleza.

-Ésta es la regla. Pero, ¿qué le importa a él si nunca la vio?

Lavinia pensó otra vez, pero ahora no dio con una respuesta.

-Bueno, tendrás que preguntárselo a él.

Decidí preguntárselo en cuanto pudiera, pero antes de poder hacerlo observé otras contradicciones.

-¿No sería mejor preguntarle, al mismo tiempo, qué quiso decir cuando me contó que se «comunicaban»?

Oh, era sencillo: lo hacían con la ayuda de médiums.

-¿Comprendes? Con médiums y golpes en las sesiones. Empezaron hace un año o dos.

-¡Ah, idiotas! ¿Le han arrastrado a eso? -exclamé, llevada de mi estrechez mental.

-Nada de esto. No lo desean y Marmaduke no tiene nada que ver con ello.

-Entonces, ¿en qué se divierte, él?

Lavinia se volvió. Otra vez parecía desconcertada. Al fin me dijo:

-Haz que te muestre la foto de la chica.

Seguía sin comprender.

-¿Le divierte la foto de la chica?

Una vez más Lavinia se ruborizó por él.

-Bueno, muestra una belleza juvenil.

-¿Y va enseñando la foto por ahí?

Lavinia titubeó y dijo:

-Creo que sólo me la ha enseñado a mí.

-¡Ah, tú has sido la última! -me permití decir.

-¿Por qué no, si también yo me siento impresionada?

Había algo en ella que escapaba a mi comprensión y seguramente la miré con dureza.

-Está muy bien, de tu parte, sentirte impresionada.

-No quiero decir sólo por la belleza de la cara -continuó diciendo-. Quiero decir por el asunto en general, por la actitud de los padres, por su extraordinaria fidelidad y por la manera en que, como él dice, han hecho de su memoria una verdadera religión. Esto es; sobre todo, lo que vino a decirme.

Desvié mi mirada y poco después Lavinia se iba, pero no pude contenerme, antes de que saliera de mi casa, y le dije que nunca había supuesto que Marmaduke fuera tan tonto.

Si yo tuviera realmente el cinismo que probablemente ustedes me atribuyen, diría francamente que el principal interés del resto de esta historia está para mí en describir la clase de tonto que yo suponía que era Marmaduke. Pero temo que después de todo mi historia resulte sobre todo la explicación de mi propia tontería. Si no hubiera poseído toda la historia no habría acabado por aceptarla y no la habría aceptado si no se hubiera salvado, de alguna manera, de lo grotesco. Déjenme decir en seguida que lo grotesco y aun algo peor me pareció, al principio, que era lo queazonaba el caso. Después de mi conversación con Lavinia envié a nuestro amigo el aviso de que deseaba verle. Y cuando vino, me tomé la libertad de exigirle que me confirmara o me desmintiera lo que Lavinia me había contado. Había un punto que especialmente deseaba aclarar y que me parecía más importante que el color del pelo de Maud-Evelyn o lo largo de sus delantales: la cuestión, quiero decir, de la buena fe de mi amigo. ¿Era tonto de remate o no era más que un mercenario? Me pareció que de momento la elección se limitaba a estas dos alternativas.

Después de decirme «será tan ridículo como quieras, pero sencillamente me han adoptado», tuve con él, en el acto, en interés de la honestidad común, de la cual él tenía conciencia, una charla sobre la manera como podía corresponder a la generosidad de sus benefactores salvando el respeto que se debía a sí mismo. Me vi obligada a decir que para una persona tan inclinada desde el principio a pelearse con él, su amabilidad pudo resultar persuasiva. Su explicación fue que el equivalente que él representaba era algo para sus amigos fuera de toda medida. Ni por un momento pretendió ser más importante de lo que lo hacía la fantasía de sus amigos. No les había embaucado, en manera alguna; todo era obra de ellos, de su insistencia, de su excentricidad, sin duda, y aun, si yo quería, de su locura. ¿No bastaba que estuviera dispuesto a declararme, mirándome a los ojos, que les había realmente tomado afecto y que no le aburrían en lo más mínimo? Yo tenía, evidentemente -¿no lo veía?- un ideal para el que no estaba en condiciones, si se lo permitía, de encarnar. Fue él quien planteó las cosas así y me arrancó la declaración de que había algo de irresistible en el refinamiento de su descaro: «No voy a casa de la señora Jex», me dijo. (La señora Jex era el médium favorito de los Dedrick.) «Me parece fea, vulgar y pesada, y detesto este aspecto del asunto. Además -agregó con palabras que después yo recordaría-, no la necesito. Puedo pasarme de ella. Pero mis amigos, aunque no sean el tipo con el cual no te hayas encontrado a menudo, no son feos, no son vulgares, no son en modo alguno un «mal trago». Son, al contrario, a su manera poco convencional, una buena compañía. Son divertidos siempre. Son deliciosamente extraños, anacrónicos y bondadosos... Son como los personajes de una vieja historia o de otro tiempo. Esto es, en todo caso, asunto nuestro -mío y de ellos- y te ruego que creas que no permitiría ninguna reprimenda sobre el asunto a una persona que no fueras tú.»

Recuerdo que le dije, tres meses más tarde: «No me has dicho nunca para qué realmente te necesitan.» Pero creo que esto fue una forma de crítica que se me ocurrió precisamente porque había empezado a adivinar. Por aquel tiempo yo había sabido algo y Lavinia también -aunque ella más tarde que yo- y habíamos compartido nuestros conocimientos y yo había formado un cuadro pasablemente exacto de lo que iba a ver. Fue lo que agregó Lavinia lo que lo completó. El retrato de la pequeña niña muerta había evocado algo atractivo, aunque una no haya vivido tanto en el mundo sin oír muchas historias de niñas muertas; y llegó el día en que sentí como si hubiera estado con Marmaduke en cada una de las habitaciones convertidas por los padres de la chica en un templo de dolor y de adoración, con la ayuda no sólo de las pocas reliquias pequeñas y queridas, sino de las más sentidas ficciones, de ingeniosos e imaginarios recuerdos y prendas, de imitaciones del dolor que consuela y de la pasión que devora. La chica, indiscutiblemente bella, había sido, evidentemente, amada con pasión y faltando en sus vidas -supongo que originalmente un simple accidente- otros elementos, ya fueran diversiones o disgustos, abundantes en otra gente, sus sentimientos habían llenado por completo su conciencia y habían llegado a ser una ligera manía. La idea era fija y excluía cualesquiera otras. El mundo, en general, no da oportunidad para semejante ritual, pero el mundo había ignorado de manera consistente aquella pareja sencilla y tímida, que era sensible a las cosas falsas y cuya sinceridad y fidelidad, lo mismo que su mansedumbre y sus rarezas, eran de un carácter rígido, anticuado.

No tengo que decir que ninguno de estos objetos de interés, o que mi curiosidad por sus preocupaciones, absorbiera mis ocios, porque yo tenía muchas cosas que hacer y muchas complicaciones que resolver, demasiadas preocupaciones e inquietudes más profundas. Por su parte, Lavinia tenía otros contactos y otros problemas también, la pobre; y pasaba períodos de tiempo en que ni veía a Marmaduke ni oía una palabra de los Dedrick. Una vez, sólo una vez, en Alemania, en una estación de ferrocarril, le encontré en su compañía. Eran dos tipos incoloros, corrientes, británicos de cierta edad, de la especie que se puede identificar por la librea de sus criados o por las etiquetas de sus equipajes, y a la sola vista de ellos sentí mi conciencia justificada por haber evitado desde el principio el difícil problema de conversar con ellos. Marmaduke me vio en el acto y vino

hacia mí. No cabía duda alguna sobre la satisfacción del joven. Había engordado, pero no hasta el punto de la obesidad, y podía perfectamente pasar por el bello, feliz y boyante hijo de unos padres que chocheaban y que no podían perderle de vista, para los cuales era un modelo de hijo respetuoso y solícito. Le siguieron con mirada plácida y complacida cuando se me acercó, pero sin decir nada, ajustados a la manera de él, de no decir nada de ellos. Tenía su encanto, lo confieso, la manera de ser natural en aquella situación y al mismo tiempo tener conciencia de ella. El sabía que yo, para entonces, estaba enterada de sus cosas; mientras cada uno de los dos escrutaba con buen humor la cara del otro -porque habiéndolo aceptado todo, al fin yo no sentía más que un poco de curiosidad-, me di cuenta de que medía mis pensamientos. Cuando volvió a sus padres embobados, tuve que reconocer que chochos como eran no habían hecho de él un chico mimado. Cosa incongruente en su situación, Marmaduke era más hombre que antes. Sentí como una sombra de pesar cuando, en aquella ocasión, tomé mi tren, que no era el suyo, y recordé unas palabras que un par de años antes había dicho a la pobre Lavinia, la cual me había explicado, refiriéndose a lo que era nuestro tema de conversación más frecuente, algo nuevo que yo llegué a olvidar:

-Ahora siente por Maud-Evelyn lo mismo que los viejos.

-Bueno, no es más que una compasión por la cual paga.

-¿Paga? -interrogó, desconcertada.

-Los lujos y las comodidades -le expliqué- de que goza al vivir con ellos.

Ahora sé que estaba equivocada. Marmaduke pagaba, pero de una manera diferente y la clave de ello estaba en lo que nos dijimos en la sala de espera de aquella estación. Después seguí el asunto paso a paso.

VI

Puedo ver, por ejemplo, a Lavinia en su traje de luto, feo, después de la muerte de su madre. Había pasado muchas inquietudes con esto y había quedado desmejorada y casi fea. Pero Marmaduke, en su desgracia, había ido a verla y ella se vino en seguida a verme a mí.

-¿No sabes lo que piensa ahora? -empezó diciéndome-. Cree que la conoció.

-¿Que conoció a la chica?

Recibí la noticia como si la hubiera esperado.

-Habla de ella como si no hubiera sido una niña.

Lavinia quedó mirándome con una sonrisa fija en su rostro.

-Como si no fuera tan joven, parece como si hubiera crecido.

La miré con sorpresa.

-¿Cómo puede «parecer»? Todos saben, por lo menos. Los hechos son los hechos.

-Sí -dijo Lavinia-, pero se diría que los ven de una manera diferente. Me habló largo rato y siempre sobre la chica. Me contó cosas.

-¿Qué cosas? Espero que no sean las bobadas de la «comunicación», de que la vea y la oiga.

-Oh, no, no se trata de eso. Eso lo deja a los viejos, que continúan con sus médiums, con sus sesiones y sus trances y encuentran en todo ello consuelo y diversión, que no le molesta, porque lo considera inofensivo. Quiero decir anécdotas, recuerdos propios. Cosas que ella le dijo y cosas que hicieron los dos... Lugares donde estuvieron. No piensa en otra cosa.

-¿Crees qué se ha vuelto loco?

Lavinia meneó la cabeza en un gesto de infinita paciencia.

-¡Oh, no! Es tan bello lo que cuenta...

-Entonces, ¿también tú...? Me refiero a esa disparatada teoría.

-Es una teoría, pero no disparatada, necesariamente -me respondió, un poco irritada-. Toda teoría tiene que suponer algo -continuó diciendo serenamente- y en todo caso depende de ¿qué es teoría? Es maravilloso ver cómo funciona ésta.

-Resulta maravilloso ver el engendro de una leyenda -dije, riéndome-. Es una suerte rara para encontrarse con una leyenda en formación. Los tres están elaborándola con toda su buena fe. ¿No es esto lo que le sacaste?

Su cara cansada se iluminó ligeramente.

-Sí, lo comprendes y lo explicas mejor que yo. Es el efecto gradual de pensar en el pasado; el pasado, así, crece y se amplía. Lo elaboran. Se han persuadido uno a otro, los padres, de tantas cosas que al fin lo han persuadido a él. Ha sido contagioso.

-Eres tú quien lo explica bien -repliqué-. Es la cosa más rara que haya escuchado en mi vida, pero es una

realidad a su manera. Sólo que no debemos hablar de esto a otros.

Lavinia aceptó prontamente esta precaución.

-No, a nadie. El no lo cuenta... Sólo a mí.

-Comparte contigo ese raro privilegio -dije, riéndome otra vez.

Lavinia desvió la mirada y estuvo callada unos momentos.

-Ha mantenido su promesa.

-¿Te refieres a la de no casarse? ¿Estás segura? -pregunté-. ¿No crees que, tal vez...?

Titubeé ante la osadía de mi broma. Pero al momento me di cuenta de que no era necesario.

-Estaba enamorado de ella -dijo Lavinia.

Estallé en una carcajada, que si bien había sido provocada, sonó a mis propios oídos casi como una ruda profanación.

-¿Te dice claramente que está haciendo una farsa?

Mi joven amiga me hizo frente.

-No creo que él *sepa* que está haciendo una farsa. Está metido en ella.

-¿En la farsa disparatada de los viejos?

Otra vez Lavinia titubeó; pero indudablemente sabía lo que pensaba.

-Bueno, llamémosla como la llamemos, me gusta. Tal como va el mundo no es corriente que uno -y quien dice uno dice dos o tres- sienta y se interese tanto por los muertos. Es un engaño, no hay duda, pero viene de algo que... -Lavinia vaciló de nuevo-. Bueno, resulta agradable oír hablar de ello. La han hecho mayor y así imaginan que la tuvieron más tiempo; y dicen que ciertas cosas ocurrieron realmente, de manera que la chica tuvo más vida. Han inventado toda una experiencia de su hija, en la cual han metido a Marmaduke. Hay una cosa, sobre todo, que quieren que ella haya tenido.

La cara de Lavinia, a medida que la joven analizaba el misterio, se ponía radiante con la visión. Sentí como una sensación de terror al pensar en lo contagiosa que podía ser la actitud de los Dedrick.

-¡Y la tuvo! -declaró Lavinia.

La admiré positivamente y si pudiera ser racional sin ser ridícula diría que a través de ella me hice la imagen de lo que pasaba.

-¿Tuvo la felicidad de conocer a Marmaduke? Aceptemos esto, pues, ya que ella no está aquí para decirnos lo contrario, pero lo que no acierto a comprender es el interés de él.

Fácilmente puede concebirse lo poco que de momento conseguí entender. Fue la última vez que mi impaciencia fue incontenible y recuerdo que estallé diciendo:

-¡Un hombre que pudo haberte tenido a ti!

Por un momento temí haberla sobresaltado, porque percibí en su cara el temblor de un vago desmayo. Pero Lavinia estuvo soberbia.

-No es que pudo haberme tenido a mí... Esto no es nada; fue, a lo sumo, que yo pude tenerlo a él. Bueno, ¿no es esto lo que ocurrió? Es mío desde el momento que nadie más lo tiene. Renuncio al pasado, pero, ¿no ves lo que hace del resto de su vida? Estoy más segura que nunca de que no se va a casar.

-Claro que no se va a pelear con esa gente.

Por un momento no me contestó.

-Bueno, por la razón que sea -dijo sencillamente, después.

Pero se le escaparon unas lágrimas y yo hice a un lado la triste comedia.

VII

Pude ponerla de lado, pero no pude realmente librarme de ella; ni, sin duda, lo deseaba, porque tener en la vida de una, año tras año, una cuestión particular, o dos, sobre las cuales no se pueda una decidir, es lo que nos permite no caer en la estupidez. Hubo poca necesidad de que recomendara reserva a Lavinia: obedeció, por lo que hace a su impenetrable reserva, excepto conmigo, a un instinto, a un interés propio. Por consiguiente nunca dejamos «de lado» al pobre Marmaduke; fuimos mucho más tiernas y ella, además, orgullosa; en cuanto a mí, no tenía, a fin de cuentas, otra persona que gozara de su confianza. No nos llegó ningún eco del extraño papel que Marmaduke representaba en casa de los Dedrick; y no puedo decirles hasta qué punto este hecho, por sí mismo, hizo que me familiarizara poco a poco con el encanto bajo el cual él vivía. Lo encontré en «salidas» de tarde en tarde, generalmente en cenas. Había llegado a parecer una persona de posición y de historia. Sonrosado, con apariencia de rico, gordo, decididamente gordo al fin, tenía algo de la blandura -aunque no

excesiva- de un joven jefe de una empresa hereditaria. Si los Dedrick hubieran sido banqueros, él habría sido el futuro de la casa. Hubo, no obstante, un largo período durante el cual, a pesar de que todos estábamos tanto en Londres, Marmaduke desapareció de mis conversaciones con Lavinia. Teníamos conciencia, las dos, de su ausencia en ellas; pero comprendíamos que hay cosas que son inexplicables y que de hecho, en todo caso, no tenían ninguna relación con que viéramos o no a nuestro amigo. Yo estaba segura, y así resultó, de que Lavinia le veía. Pero hubo momentos en que para mí no existía.

Uno de éstos fue cierta tarde de domingo, tan desagradablemente húmeda en que, dando por supuesto que no recibiría ninguna visita, me había sentado junto al fuego con un libro -una novela de actualidad y de éxito- cuya lectura me prometía terminar confortablemente. De pronto, aunque absorto, oí el ruido de alguien que llamaba a la puerta y recuerdo que di un gruñido de inhospitalidad. Pero mi visitante resultó ser Marmaduke, y Marmaduke resultó ser más interesante que la novela que leía, quizá debido a que, dado el punto a que habíamos llegado, no contaba con él. Por una casualidad fue así; por el grueso de un cabello pudo ser lo contrario. No había venido a hablar, había venido sólo a charlar, a demostrar, una vez más, que podíamos continuar siendo buenos amigos sin hablar. Pero contaban las circunstancias: el fuego insidioso de la chimenea, las cosas de la pieza, con sus recuerdos de otros tiempos; quizá también mi libro, mirándolo desde el lugar donde yo lo había dejado para que lo viera y dándole la oportunidad de sentir que podía superar a Wilkie Collins. Había, en todo caso, una promesa de intimidad, de oportunidad para él en la tempestad que se estrellaba contra las ventanas. Estaríamos solos, cómodos y seguros.

Estas impresiones dieron un resultado tanto más interesante cuanto lo que trataban era, después lo vi, no el deseo de un efecto sino sencillamente un espíritu de felicidad que necesitaba rebosar. Había llegado a ser demasiado para él. Su pasado, acumulándose año tras año, había llegado a ser muy interesante. Pero al mismo tiempo, él estaba estupefacto. No recuerdo qué punto de nuestros chismes preliminares hizo que, para una u otra explicación, Marmaduke dijera: «Cuando un hombre ha tenido durante unos meses lo que yo he tenido, ¡figúrate!» Al parecer la moraleja era que nada, en cuestiones de experiencia humana de lo exquisito, podía ya importar especialmente. No obstante, se dio cuenta de que yo no ajustaba inmediatamente su reflexión a un caso determinado y continuó, con una franca sonrisa: «Me miras confundida, como si sospecharas que aludo a algo de lo que usualmente no se habla; pero te aseguro que no me refiero a nada más reprehensible que nuestro bendito compromiso.»

-¿Vuestro bendito compromiso?

No pude evitar el tono en que le contesté, pero la manera en que se desentendió de aquello fue algo de lo cual todavía ahora siento la influencia. Fue sólo una mirada, pero puso fin a mi tono para siempre. Hizo que un instante después yo desviara mi mirada hacia el fuego -una mirada endurecida- e incluso que me ruborizara un poco. En este momento vi mis alternativas y escogí, de manera que cuando nos miramos a los ojos otra vez yo me sentía bastante bien dispuesta:

-¿Todavía te das cuenta -pregunté con simpatía- de lo mucho que hizo por ti?

Había dicho apenas estas palabras cuando comprendí que señalaban desde aquel momento el buen camino. Instantáneamente todo fue diferente. La cuestión principal sería si yo era capaz de seguirlo. Recuerdo que sólo unos minutos después, por ejemplo, esta cuestión lanzó una llamarada. Su contestación había sido abundante e imperturbable y había comprendido alguna alusión a la manera cómo la muerte hace resaltar las cosas más inanimadas que la hayan precedido; ante lo cual me sentí de pronto tan inquieta como si él me diera miedo. Me levanté para encargar el té y Marmaduke continuó hablando... Hablando de Maud-Evelyn y de lo que la chica había sido para él. Cuando vino el sirviente, prolongué nerviosamente, adrede, la orden, que me permitió hablar sin pensar; en lo que realmente pensaba era en volver al asunto después de una breve pausa. La tentación era fuerte: las mismas influencias que habían pesado sobre mi interlocutor pesaron durante uno o dos minutos sobre mí. *Debería*, sorprendiéndole inadvertido, decirle directamente: «Dime, aclárame esto de una vez para siempre: ¿eres el más desvergonzado y el más vil de los cazadores de fortunas o sólo es que de una manera más inocente y más agradable se te ha ablandado el cerebro?» Pero perdí la oportunidad, lo cual, más tarde, no tuve que lamentar. Salió el criado y me enfrenté de nuevo con Marmaduke, el cual continuaba hablando. Le miré a los ojos otra vez y sentí el mismo efecto. Si le había ocurrido algo a su cerebro, el efecto era tal vez el dominio de la mirada del loco. Bueno, Marmaduke era el más cómodo y el más amable de los locos. Cuando volvió el sirviente con el té estaba dispuesta a todo. Por «todo» quiero decir mi trato subsiguiente del caso. *Era* -el caso era- realmente interesante. Como todo lo demás, recuerdo la escena: el ruido del viento y de la lluvia, la vista de la plaza vacía, fea, sin coches y la luz de la tempestad primaveral; la manera cómo, absortos, sin que nada nos interrumpiera, tomamos el té junto al fuego de la chimenea. Me encontró receptiva y yo me sentí capaz de

parecer sencillamente grave y bondadosa cuando él dijo, por ejemplo: «Su padre y su madre, realmente, el primer día -el día que me recogieron en Splügen- me reconocieron como el hombre adecuado.»

-¿El hombre adecuado?

-Para ser su yerno. Querían que su hija hubiera tenido, entiéndeme, todo.

-Bueno, si no lo había tenido -dije, tratando de mostrarme divertida- ¿no queda todo arreglado?

-Está arreglado ahora -replicó Marmaduke-, ahora que lo tenemos todo. Mira, no podrían quererme tanto

-Marmaduke deseaba que yo comprendiera- si no vieran en mí el hombre adecuado.

-Comprendo, es muy natural.

-Esto excluía la posibilidad de cualquier otro.

-Oh, no habría dado buen resultado -dije riéndome.

Su satisfacción era impenetrable, espléndida.

-Mira, no podían hacer mucho, los viejos, y ahora menos, con el futuro; de manera que tenían que hacer lo que pudieran con el pasado.

-Y parece que han hecho mucho.

-Todo, sencillamente todo -repitió Marmaduke.

Luego tuvo una idea, aunque sin insistencia ni importunidad. Noté que se le animaba el rostro.

-Si quisieras ir a Westbourne Terrace...

-¡Oh, no me hables de eso! -estallé yo-. No sería muy decente ahora. Habría ido, en todo caso, diez años atrás.

Marmaduke vio, con su buen humor, más allá.

-Entiendo lo que quieres decir. Pero ahora hay allí mucho más que antes.

-Lo creo. Han comprado más cosas. No obstante...

Resistí a mi curiosidad. Marmaduke no me presionó, pero quiso informarme.

-Han amoblado nuestra habitación, completamente, y no creo que hayas visto nunca nada tan bonito, porque *su* buen gusto era extraordinario. Creo que también yo tengo algo que ver en eso.

Luego, como si se diera cuenta de que yo estaba de nuevo desconcertada, continuó diciendo:

-Te estoy hablando de la *suite* preparada para nuestro matrimonio.

Hablaba como un príncipe de la Corona.

-Las habitaciones estaban amobladas hasta el último detalle, no había que poner allí nada más. Y están como estaban, no se ha movido ni un mueble, no se ha alterado ningún detalle, nadie más que nosotros entra allí. Se conserva todo con mucho cuidado. Todos nuestros regalos de boda están en la *suite*. Me habría gustado enseñártelos.

Era ya un tormento. Me di cuenta de que había cometido un error. Y me hice atrás.

-¡Oh, no podría soportarlo!

-No están tristes -dijo Marmaduke sonriéndose-. Son demasiado amables para estar tristes. Son felices. Y las cosas...

Parecía, en la excitación de la charla, que las tenía ante sí.

-¿Son realmente tan maravillosas?

-¡Oh, seleccionadas con una paciencia que las hace casi inapreciables! Aquello es como un museo. No hay nada que les pareciera demasiado bueno para ella.

Había perdido el museo, pero pensé que no podría guardar ningún objeto más raro que mi visitante.

-Bueno, tú les has ayudado. Podías hacer *eso*.

Asintió seriamente.

-Podía hacerlo, gracias a Dios... ¡Podía hacerlo! Lo sentí desde el primer momento y es lo que he hecho.

Luego, como si la relación fuera directa, agregó:

-Todas mis cosas están allí.

Pensé un momento.

-¿Todos tus regalos?

-Los que le hice a ella. Le gustaban todos y recuerdo lo que decía de cada uno de ellos. Y debo decirte -continuó- que ninguno de los otros se aproxima siquiera a los míos. Los miro cada día y te aseguro que no tengo que avergonzarme.

Evidentemente, dicho sea en pocas palabras, había sido espléndido y habló largo y tendido. Realmente, fanfarroneó de lo lindo.

En relación con fechas e intervalos, sólo recuerdo que si esta visita que me hizo fue a principios de la primavera, fue en un día del último otoño -un día que no pudo ser en el mismo año, con la diferencia del crepúsculo brumoso y las hojas secas y amarillas- cuando, tomando un atajo a través de Kensington Gardens, encontré, en un camino poco transitado, una pareja sentada en unas sillas, a la sombra de un árbol. No la reconocí en seguida, tal vez porque Marmaduke vestía un traje de luto riguroso. En mi deseo de no parecer confundida y al mismo tiempo de que no se sintieran ellos confundidos, les invité a que volvieran a sentarse, y como viera cerca una silla desocupada, me senté para compartir unos momentos su descanso. Nos sentamos Lavinia y yo, mientras nuestro amigo permanecía de pie y consultaba su reloj. Nos dijo que lo sentía, pero que tenía que dejarnos. Lavinia no dijo nada, pero yo manifesté mi pesar; no podía, me pareció, sin caer en lo falso o lo vulgar, hablar como si hubiera interrumpido la conversación de dos enamorados; mas no podía ignorar su ropa de luto. Para dejarnos no había dado otro pretexto que el de que era tarde y tenía que regresar a casa. «A casa», en boca suya, no tenía más que un significado: yo sabía que estaba instalado en Westbourne Terrace.

-Espero -le dije-, que no has perdido a alguien que yo conozca.

Marmaduke miró a Lavinia y ésta le miró a él.

-Ha muerto su esposa -dijo Lavinia.

Creo que esta vez estuve a punto de dejarme llevar por la brutalidad.

-¿Tu esposa? No sabía que tuvieras una esposa.

-Bueno -me contestó, positivamente contento en su traje negro, sus guantes negros y la cinta negra en el sombrero-, cuanto más vivimos en el pasado más cosas encontramos en él. Éste es un hecho literal. Comprenderías la verdad de esto si tu vida hubiera tomado este rumbo.

-Yo vivo en el pasado -dijo Lavinia, amablemente, como para ayudarnos a los dos.

-Pero con el resultado, querida -repliqué- de no hacer, espero, descubrimientos tan extraordinarios.

-Tal vez ninguno de sus descubrimientos sea tan fatal como el mío -dijo Marmaduke.

Marmaduke no se mostraba dramático y en aquella situación tuvo el buen gusto de la simplicidad.

-Han querido esto para ella -continuó diciéndome-, hemos visto lo que nos correspondía hacer... Me refiero a lo que ha dicho Lavinia.

Titubeé unos segundos y aclaró:

-Maud-Evelyn ha tenido *toda* su felicidad de joven.

Quedé mirando, asombrada, pero Lavinia estuvo brillante, a su manera peculiar.

-El matrimonio se *consumó* -me explicó, tranquila, estupendamente.

Estaba resuelta a no quedarme a medias.

-De manera que has quedado viudo -dije gravemente- y guardas luto.

-Sí, lo guardaré siempre.

-Pero, ¿no es esto empezar un poco tarde?

Mi pregunta fue estúpida, me di cuenta de ello en seguida; pero no importaba, era apropiada a la situación.

-Oh, tuve que esperar a que me lo permitieran todos los hechos de mi matrimonio.

Consultó de nuevo su reloj.

-Perdóname... Tengo que irme. Adiós, adiós.

Nos estrechó la mano a una y a otra, y mientras, sentadas, veíamos cómo se alejaba me sentí impresionada por la propiedad con que encarnaba el personaje. Me pareció que las dos estábamos de acuerdo con esta idea y no dije nada hasta que se perdió de vista. Entonces, llevadas del mismo impulso, nos miramos una a otra.

-Pensaba que no se iba a casar nunca.

Me miró gravemente, con su fina cara desmejorada.

-No lo hará nunca. Será aún más fiel.

-Más fiel, esta vez, ¿a quién?

-A Maud-Evelyn.

No dije nada, contuve una exclamación, puse una mano sobre las de Lavinia y guardamos silencio durante un minuto.

-Claro, no es más que una idea -dijo Lavinia por fin-, pero me parece bella.

Luego agregó, en tono resignado:

-Ahora, *ellos* pueden morir.

-¿Los Dedrick? -levanté las orejas-. ¿Es que están enfermos?

-No exactamente, pero la señora está agotada, al parecer; cada día que pasa se siente más débil; menos, según

tengo entendido, por algún achaque determinado que por sentir que su obra ha terminado y que la poca cantidad de pasión que sentía, por decirlo con palabras de Marmaduke, se ha agotado. ¡Imagínate, con sus convicciones, las razones que tiene para querer morir! Y si se muere, su marido no le sobrevivirá mucho tiempo. Será exactamente: «Juntos para siempre los dos».

-¿Haciéndole compañía al pie de la colina, tendido junto a ella?

-Sí, habiendo resuelto todas las cosas.

Reflexioné sobre estas cosas mientras nos íbamos y sobre la manera como las habían resuelto, con dignidad para Maud-Evelyn y para provecho de Marmaduke; y antes de que nos separáramos aquella tarde -habíamos tomado un coche en la Baywater Road y Lavinia había venido conmigo- le dije:

-Entonces, cuando mueran, él quedará libre, ¿no?

Lavinia me miró como si no comprendiera.

-¿Libre?

-De hacer lo que le guste.

Se sorprendió.

-Pero si ya hace lo que le gusta, ahora.

-Bueno, entonces, lo que te guste a ti.

-Oh, tú sabes muy bien qué es lo que me gustaría.

¡Le cerré la boca!

-¡Te gustan esas horribles mentiras! ¡Lo sé!

Lo que Lavinia había previsto, ocurrió con el tiempo. En el curso del año siguiente tuve noticia de la muerte de la señora Dedrick y unos meses más tarde sin haber visto a Marmaduke, absolutamente dedicado a su desolado protector, supe que también éste, afligidamente, había seguido su suerte. Yo estaba fuera de Inglaterra, entonces. Tuvimos que llevar una vida más económica y alquilamos nuestra casa. Pasé tres inviernos sucesivos en Italia y dediqué los períodos intermedios, en nuestro país, a visitar sobre todo a parientes, que no conocían a estos amigos míos. Lavinia, naturalmente, me escribió. Entre otras cosas, que Marmaduke estaba enfermo y que no parecía el mismo desde la pérdida de su «familia» y esto a pesar de que, como ella ya me había comunicado en su día, le habían dejado, mediante testamento, «casi toda su fortuna». Yo sabía, antes de que regresara para quedarme, que ahora Lavinia le veía a menudo, hasta el extremo de que, viéndole agotado física y moralmente, se había hecho cargo de su cuidado. En cuanto nos vimos, le pregunté por él. Y me respondió:

-Está acabándose gradualmente.

Y agregó:

-Ha tenido su vida.

-¿Quieres decir, como él dijo de la señora Dedrick, que ha agotado la poca cantidad de pasión que sentía?

Al oír esto, Lavinia volvió la cara.

-Nunca has comprendido.

Yo *había comprendido*, según mi idea, y cuando, después, fui a verle, estuve segura de ello. Pero en aquella ocasión sólo dije a Lavinia que iría a ver a Marmaduke, en seguida, lo cual me llevó al clímax de mi historia.

-Ya no vive -me advirtió- en Westbourne Terrace. Ha alquilado una pequeña casa en Kensington.

-Entonces, ¿no ha guardado las cosas?

-Lo ha guardado todo.

Me miró otra vez como si yo no hubiera comprendido nunca nada.

-¿Quieres decir que las ha trasladado?

Lavinia se mostró paciente conmigo.

-No ha trasladado nada. Todo está como estaba y conservado cuidadosamente.

Me sorprendí.

-Pero si dices que no vive ya allí...

-Es exactamente lo que hace.

-Entonces, ¿cómo puede estar en Kensington?

La joven titubeó, pero dijo:

-Está en Kensington, sin vivir.

-¿Quieres decir que en Westbourne Terrace...?

-Sí, pasa allí la mayor parte de su tiempo. Va en coche cada día y está allí durante horas. Conserva la casa para esto.

-Ya veo. Es todavía el museo.

-¡Es todavía el templo! -replicó Lavinia severamente.

-Entonces, ¿por que se mudó?

-Para que... -respondió Lavinia, titubeando, terminó con admirable sencillez-: yo pudiera estar a su lado. Me necesita.

Poco a poco comprendía.

-¿No fuiste allá ni siquiera después de la muerte de los padres?

-Nunca.

-Entonces, ¿no has visto nada?

-¿De ella? Nada.

Comprendí, oh, perfectamente; pero no puedo negar que quedé decepcionada. Había esperado conocer las maravillas de Marmaduke y me di cuenta en el acto de que no podía dar un paso que Lavinia había declinado. Cuando, algún tiempo después, los vi juntos en Kensington Square -Lavinia pasaba regularmente ciertas horas del día, allí, con Marmaduke- observé que todo en él era nuevo, bello y sencillo. Era en su extraña y final unión -si unión podía llamarse- muy natural y conmovedor; pero estaba muy abatido y el dolor se reflejaba en sus ojos. Se movía como una hermana de la caridad; en todo caso como una hermana. No se le veía ya robusto y sonrosado ni con la atención alerta y en mi fantasía me pregunté por dónde debería rondar y esperar. Pero el pobre Marmaduke fue un caballero hasta el fin, se consumió de buena manera y murió hace diez días. Se abrió su testamento y la semana pasada, habiendo oído algo de su contenido, vi a Lavinia. Le dejó todo lo que él había heredado. Pero me habló de todo ello de una manera que me hizo exclamar, sorprendida:

-Pero, ¿no has estado aún en la casa?

-Todavía no. Sólo he visto a los abogados, que me han dicho que no habrá complicaciones.

Algo en su tono me indujo a preguntar:

-¿No sientes curiosidad por ver lo que hay allí?

Me dirigió una mirada casi suplicante, que delataba su turbación y que comprendí. Y dijo:

-¿Quieres ir conmigo?

-Algún día, con mucho gusto -respondí-, pero no la primera vez. Debes ir sola. Las «reliquias» que encontrarás allí -agregué, porque había leído su mirada- no has de considerarlas como de ella...

-¿Sino como de él?

-¿No crees que a su muerte, dada la estrecha relación de Marmaduke con las reliquias, las ha hecho tuyas?

Su cara se iluminó. Comprendí que era un punto de vista que me agradecía haber expresado en palabras.

-Comprendo, comprendo... Eran tuyas. Iré.

Lavinia fue a Westbourne Terrace y hace tres días vino a verme. Realmente hay allí maravillas, parece, tesoros extraordinarios, y son tuyos. La semana próxima la acompañaré y, al fin, los veré. ¿Si te lo contaré, me preguntas? Absolutamente todo, querido.